

OCULTO

Vida, obra y secretos
de Jorge Cayetano Asís

PABLO PERANTUONO
FERNANDO SORIANO

 Planeta

PABLO PERANTUONO
FERNANDO SORIANO

TURCO

Vida, obra y secretos
de Jorge Cayetano Asís

La negociación

«Antes de que se vayan quiero aclararles algo: entre ustedes hay un traidor. Hay uno de ustedes que está negociando conmigo el retiro de la empresa».

Entonces, en la oficina de Marcos Cytrynblum, secretario general de Redacción de *Clarín*, el hombre más poderoso del diario más poderoso de Argentina y Latinoamérica, se hace un silencio espeso, incómodo.

Ninguno de los cinco periodistas que lo escucha pide una aclaración o pregunta algo. La frase del Ruso, el hombre que maneja los destinos de *la cuadra* y de *la tropa*, el tipo que habla con *el tercero*, el temible e inaccesible piso donde operan Héctor Magnetto y sus gerentes, es contundente pero incompleta, y lleva la dosis de cizaña e intriga que le gusta, que tanto sabe usufructuar. Aturdidos, ninguno se atreve a pedirle una ampliación. No son todos amigos, pero tres de ellos desde hace años comparten escritorio y sensibilidades.

Todos sospechan de todos.

«El Alemán» Jorge Göttling, cuya pluma es considerada la mejor del diario, y Juan «el Vasco» Izaguirre, de Grabadores —donde dejan sus mensajes los corresponsales—, se ponen de pie primero. Los siguen Armando Vidal, de la sección Opinión, y Luis Gregorich, de Cultura. Jorge Asís, integrante junto con Göttling de la balbuceante mesa de Cronistas Notables, es el último en pararse. Suele ser el más locuaz de todos ellos, es quien más confianza supo tener con el secretario general y, además, en la última asamblea pidió la palabra y cargó contra la empresa. Los cinco están allí porque fueron elegidos para conformar una comisión negociadora con los directivos del diario. Cytryn, el jefe, es el enlace. Hay una porción de los periodistas que confía en él; muchos otros, no. Por esas horas, el clima en la redacción de la calle Piedras es de tensión y cansancio. Como

consecuencia del despido de tres colaboradores de la sección Deportes, se despliega una serie de asambleas fuera del edificio del diario desde hace varios días. Como hay rumores de más rajes, se debate sobre las posibles medidas a tomar. Se habla de llevar la asamblea al interior de la empresa o directamente apelar a una medida de fuerza. Hay quienes van más a fondo y proponen un paro de actividades, el primero desde comienzos de 1976, o una medida más radical: tomar el diario. Es septiembre de 1982, y aunque la actividad sindical continúa prohibida en todo el país, la dictadura muestra arrebatos de cansancio. La reciente derrota en Malvinas y el hartazgo tras años de silencio se conjugan para provocar el germen de un deshielo, de un protoestado de protesta. Como en tantas otras ocasiones, dentro del diario se refleja la atmósfera que se vive afuera.

Los cinco «negociadores» le transmiten a Cytrynblum el grado de incertidumbre y la palpitación que se vive entre los compañeros. Además de pedir la reincorporación de los tres cronistas, quieren saber si la empresa planea seguir despidiendo gente. «Me alegra que hayan armado esta comisión», había arrancado el jefe, para luego aclararles que la intención de la empresa no era echar a nadie «que tenga firma», pero les confiesa que sí serán implacables en el caso de que los empleados decidan tomar alguna medida de fuerza.

La charla se acaba y entonces Cytryn levanta su metro noventa del asiento, los mira y con un gesto que alguno de los presentes asume más paternal que cínico, les suelta que uno de ellos, uno de esos cinco «intachables» elegidos por sus compañeros para elevar los reclamos colectivos ante los directivos, en realidad tiene otros planes; por lo visto, planes secretos.

Hay uno que miente. «Entre ustedes hay un traidor».

Ya fuera del despacho, justo frente al escritorio de Medrano, histórico secretario de Cytrynblum, Vidal lo mira a Asís. Le extrañó su pasividad, algo infrecuente en él.

—Turco, ¿por qué te quedaste callado?

Entonces Asís, el *bestseller* Asís de treinta y seis años, el expansivo y elocuente narrador para quien el silencio y la obediencia suelen ser inhabitables estados del yo, mientras acaricia la cruz de madera —misbaha— alojada en el bolsillo izquierdo del pantalón, le responde:

—Porque vos me dijiste que no hablara.

Puerto de Palos

En su característica de raza, el sirio constituye una individualidad completa: nada falta a su alma ni nada a su cuerpo, descendiente de tantos y tan superiores pueblos. El sirio viene a ser así, psíquica y físicamente considerado, la obra moral y material en que han trabajado todas las antiguas civilizaciones, creando así el nuevo tipo regular destinado a heredarlas y continuarlas en la vida.

ALEJANDRO SCHAMUN, *La Siria nueva*,
(Assalam ediciones, Buenos Aires, 1917)

Míster Peters era la alegría de esa cuadra de Villa Domínico. En los cumpleaños, en las celebraciones o simplemente un domingo cada tanto, Mr. Peters aparecía por lo de los Zain para hacer su número de ventriloquia. Entonces la casa de la esquina de Puerto de Palos y Cordero, a cuatro cuadras del cementerio de Avellaneda, se llenaba de niños, hijos de vecinos, amiguitos de los chicos de la casa que admiraban a ese señor de unos cuarenta años desde cuya humanidad surgían, sin que se le movieran los labios, voces y sonidos. A Mr. Peters lo invitaba Jorge Zain, el inefable jefe de hogar, padre de Marta Mabel, nacida en 1944, y de Jorge Cayetano, dos años menor, esposo de Francisca «Yiya» Asís y practicante de oficios variados, difíciles de precisar. Locuaz y carismático, era martillero público pero también un diletante político, un dirigente futbolístico de baja intensidad, un advenedizo lenguaraz. Y, sobre todo, era un estafador a escala distrital, famoso en el barrio y sus adyacencias por su nunca comprobado pero ostentado título de abogado.

Vestía saco y corbata, andaba de acá para allá con libros debajo de la axila y era, sin esforzarse, el personaje cápita del hogar de Puerto

de Palos, espacio al que los Zain se habían mudado en 1949. Antes de llegar allí vivieron en la esquina de Uruguay y Guifra, en el barrio Villa Pobladora de la localidad de Piñeiro, extremo norte de Avellaneda, a unas cincuenta cuadras de distancia de Domínico, muy cerca del Riachuelo. Eran los tiempos exaltados del primer peronismo y del crecimiento exponencial en la población¹ de ese pliegue del Gran Buenos Aires, a caballo de la galopante industrialización que, a partir de mediados de la década de 1940, experimentaron la zona y la región. Como casi todas las casas de Villa Domínico, la de los Zain era una típica de estilo criollo, de techos bajos —en la parte de atrás, de chapa—, paredes blancas, herrajes y un tapial bajo que los amiguitos de Jorge y Marta saltaban invariablemente al ingresar. Construida en la ochava de Palos y Cordero, también tenía patio y una parra cuyas hojas servían para nutrir a los mafufos, popular plato árabe que se preparaba en la cocina familiar. También formaban parte del menú tradicional la *sfiha*, el *mejshi* y, sobre todo, el *ķebbe*, al horno, crudo o, especialmente, a la parrilla. En los almuerzos tampoco faltaba la milanesa, ingrediente criollo de la dieta cotidiana en el conurbano bonaerense.

En esa época las puertas de los hogares no se cerraban con llave, o incluso no se cerraban, y muchas veces los hijos de los vecinos compartían espacios como si no existieran las paredes o la vergüenza. La frontera entre lo público y lo privado estaba borroneada, o mejor dicho, unificada por la calle. Los chicos entraban y salían de allí a su antojo, lo que generaba el enojo del abuelo de la casa, Jorge, que solía insultarlos, literalmente, en arameo.

La ventriloquia de Mr. Peters no era la única atracción que ofrecían los Zain en su hogar, una casa en la que también vivían los padres de Yiya: Lola y el ya mencionado Jorge Asís,² inmigrantes sirios. Eran

1. Hacia 1950 la población de Avellaneda superaba los 300.000 habitantes.

2. Lola Daur y Jorge Asís llegaron al puerto de Buenos Aires en 1912. Eran originarios de una aldea cercana a Homs, en el extremo oeste de Siria. El de 1912 fue el año en el que entró mayor cantidad de inmigrantes otomanos (como se los designaba entonces) al país: más de 19.700. En el período de tiempo que va desde 1907 hasta 1913 desembarcaron en el puerto de Buenos Aires más de 100.000 ciudadanos de esa zona. Llegaban atraídos por las políticas migratorias de Argentina y la certeza expandida

cristianos de Oriente, pero como no había iglesia ortodoxa en la zona se convirtieron al catolicismo. Jorge, que cantaba en un templo de Villa Domínico, moriría poco tiempo después de la mudanza a Puerto de Palos. Lola se iba a quedar con ellos para siempre.³ La casa tenía televisor, artefacto doméstico revolucionario y diferencial en cualquier cuadra, un lujo burgués en aquel rodeo proletario. No solo eso. Don Zain ya antes había comprado un proyector audiovisual, cumbre del progreso con el que deleitaba a todos sus vecinos, cada vez que emitía películas infantiles animadas o simplemente pasaba fotografías de algún viaje. Para completar la faena, el abogado apócrifo, que integraba la cooperativa de la escuela a la que concurrían sus hijos, repartía golosinas. Era el rey de la cuadra. Seductor y movedizo. Dueño de una frente que, conforme pasaba el tiempo, escalaba sin remilgos por su rostro. Portador de un abdomen que ganaba centímetros y que reflejaba sus ambiciones gastronómicas, cuando caminaba con gesto atildado por Puerto de Palos despertaba, a pesar del declive físico, comentarios entre la platea femenina barrial, con su sonrisa estampada y esa mirada negra tenaz que, si apuntaba a las damas, se demoraba más de la cuenta en apartarse.

Jorgito, su hijo menor, había heredado, en cambio, los rasgos faciales de su madre, Yiya, cuya belleza, árabe y misteriosa, atraía las miradas del barrio. Yiya también resaltaba por su dulzura y abnegación. Era modista y pasaba largas horas acantonada detrás de su máquina de coser negra. Para completar el parecido estético con la rama materna, era notorio que Jorgito había sido beneficiado con la legendaria fortaleza capilar y el tono azabache de esa afluencia genealógica oriunda del oeste sirio.

de que se conseguía trabajo de inmediato. La mayoría de ellos se empleó en oficios tales como obreros (18.000), comerciantes (16.000), vendedores ambulantes (15.000) y agricultores (12.000). Fuente: Alejandro Schamun, *La Siria nueva. Obra histórica, estadística y comercial de las comunidades sirio-otomanas en Argentina y Uruguay*, Assalam, Buenos Aires, 1917.

3. Para cocinar, la abuela Lola utilizaba el mortero que había traído en el barco desde Siria. Su especialidad era el kebbe a la parrilla. Mientras lo cocinaba le indicaba a su nieto: «Con uno de estos por día, Jorgito, se puede alimentar a un guerrero».

A Jorgito los amigos le decían Fatiga, por el estilo de juego remolón que empleaba en los picados de fútbol en las calles de Domínico. No se destacaba por su habilidad, más bien lo hacía por su escaso fervor. Su referente era Dino Sanni, elegante central brasileño de Boca, dueño de un estilo taciturno para jugar. Durante el verano y más allá, hasta bien entrada la noche, la pelota de goma picaba y rebotaba en esas cuadras informes y escasamente transitadas. Circulaban pocos autos por Puerto de Palos, una calle que cortaba cuatrocientos metros al este la avenida Mitre, lo que les permitía hacer uso del espacio casi a su antojo. Su gran amigo de entonces era Antonio «Tito» Richezza,⁴ apenas tres meses menor. Jorgito había nacido el 3 de marzo de 1946⁵ y Tito en junio de ese año. Vivían a media cuadra de distancia e iban al mismo grado de la Escuela Nro. 16 José Manuel Estrada, la escuela pública del barrio. Ninguno de los dos descollaba en las tareas escolares. Jorgito despreciaba las matemáticas y la geometría y era lo suficientemente indócil con sus manos como para que las actividades prácticas, en especial el manejo del papel glacé y el «pega pega», no le resultaran un incordio. Tito pasaba las tardes en la casa de los Zain porque, entre otras cosas que la distinguían en la cuadra, había un metegol. Jorgito jugaba bien. Le encantaba sujetarse a las manijas e imaginar que él era «Pichino» Carone —atacante de Boca—, y gritar sus goles como un desaforado. Tito admiraba, al borde del arrobamiento, a la madre de su amigo, a Yiya, no solo por su belleza sino también por sus aptitudes para el canto. De forma espontánea, Yiya solía entonar tangos, su voz sobre la voz de los cantores que emanaba de la radio. En ese ambiente crecieron Jorgito y Marta. De ese ambiente comenzaría a alejarse, lenta pero inexorablemente, don Zain.

La rutina fue drenando las aspiraciones domésticas de Jorge padre. Para pesar del resto de la familia, su entusiasmo por compartir tiempo y espacio con ellos fue horadándose, hasta convertirse en una aparición nocturna y relampagueante, que acaecía tarde y después de cenar, cuando en la cuadra reinaba el silencio que llegaba desde el cementerio, que solo era profanado por las chicharras del sur.

4. Tito es el personaje Milanese en la novela de Jorge Asís *Flores robadas en los jardines de Quilmes* (Losada, Buenos Aires, 1980).

5. Perro de fuego en el horóscopo chino.



Jorge Cayetano Zain Asís, de short y sombrero, en la costa atlántica de la provincia de Buenos Aires. Sus amigos de Villa Domínico lo apodaban «Fatiga». Años 60.

Esos vacíos comenzaron a mancillar el ánimo de Yiya, que veía cómo su matrimonio comenzaba a desmoronarse. El escaso interés de su marido por la vida familiar contaminó su ánimo, también su carácter. Con un breve pasado de operaria fabril, Yiya se había convertido en modista a tiempo completo. Acaso desesperanzada, comenzó a hacer de su máquina de coser Singer su trinchera contra la adversidad. Se pasaba largas

horas sentada y encorvada sobre esa pieza mecánica con la que urdía e hilvanaba su resistencia vital, su manera de sostenerse en el mundo. Con el tiempo, cuando la ausencia de su esposo se hizo definitiva, la Singer fue la plataforma de la que surgieron los modelos textiles con los que mantuvo económicamente a su familia.

Pero antes y después, el espíritu de Zain padre lo impregnaría todo. Así como repartía caramelos, también concretaba breves ilusiones. Dirigente de Boca de tercera línea, a mediados de los años cincuenta solía llevar a Jorge hijo y a sus amiguitos más cercanos (Tito, Jorge Fuentes, Hugo Cuchara, Oscar, entre otros) a la Bombonera. Juntos disfrutaron de la magnífica campaña de 1954, año en el que el equipo que dirigía Ernesto Lazzatti, y en el que brillaban Juan Carlos Colman, *back* central insuperable, y el *wing* derecho Juan Carlos Navarro, se coronó campeón. Esas excursiones a la Bombonera eran verdaderas travesías donde podía pasar de todo. No tanto por los peligros derivados de una muchedumbre euforizada, sino por el afán bufonesco de Zain, quien, ya sea por su interés por burlarse de cualquiera o por un histrionismo de efectos dudosos, gustaba de provocar situaciones absurdas e incómodas. Un viejo amigo de Jorgito todavía recuerda cuando el padre le devolvió un cubanito relleno de dulce de leche a un vendedor ambulante, después de habérselo comprado, diciéndole que tenía mal gusto. En el efímero tiempo entre la compra y la devolución, Zain se las había ingeniado para introducir partículas de materia fecal callejera en el diminuto cilindro. Testigo de la procacidad paternal, Jorge hijo se moría de vergüenza.

Ese, también, era Zain padre. Su estilo extrovertido y bromista fue perdiendo encanto, si es que alguna vez lo tuvo, y su vocación por el embaque quedó al descubierto. Sus desdichas económicas eran antológicas tanto como sus deudas y acreedores, la abuela Lola entre ellas, para contrariedad de Yiya. Víctima directa de sus desarreglos, durante años Yiya no podría quitarse de su psiquis el bochorno que sintió el día que, en representación de una empresa a la que su esposo le debía dinero, un empleado tocó el timbre de la casa para colocarle el cartel de remate en el frente. Zain, que para variar no estaba en la casa, había pedido dinero y entregado como garantía la escritura del hogar de Puerto de Palos. Compulsivo tomador de deudas, no había pagado el préstamo. Dos días después, el padre de la familia se las arregló para que un oficial quitara

el cartel, pero el susto y la sensación de amenaza abismal que sufrió Yiya no se le borrarían por décadas. Cada vez que imprevisiblemente tocaban el timbre de la casa, el relámpago de un pensamiento atroz se pulsaba de forma autónoma y atravesaba su cuerpo.

Como todo personaje manipulador, como todo mentiroso patológico, Jorge padre era capaz del esplendor y la amargura, el pináculo y el abandono. A veces, durante la tarde, parapetada en su máquina de coser, Yiya adivinaba, a través de la persiana entrecerrada de la ventana que daba a la calle, la ominosa figura de un cobrador, alguien que ya se había presentado antes. Entonces guardaba silencio y le ordenaba a su madre y a sus hijos, si estaban, que no se movieran. Era probable que el cobrador o el acreedor de turno rompiera ese silencio inmóvil con un grito lacerante, vergonzoso: «¡Señora, por qué miente si yo sé que está ahí adentro! ¡Usted es tan mentirosa como él!». Yiya no levantaba la cabeza de la Singer. La perra de la casa ladraba. La escena duraba diez o doce minutos eternos, infames. El barrio entero se enteraba. El barrio entero se apiadaba de Yiya. Jorgito miraba todo. Mentalmente tomaba nota.⁶

Cuando Zain regresaba de trabajar, tarde y mientras todos dormían, Yiya le enrostraba su desvergüenza por hacerles pasar a ella y a la familia esos momentos de zozobra. Lejos de mitigar el daño, y en un disparatado intento de victimización, Zain padre, hediondo de vino, la tildaba de exagerada o incluso de mentirosa y, con gritos e imprecaciones, la acusaba de desplegar un sistemático plan de desprestigio en contra suyo «para hacerme daño, para no dejarme tranquilo». Desde su pieza, un preadolescente Jorge escuchaba los insultos y las destempladas imprecaciones que se endilgaban uno y otro. También escuchaba a la abuela, que le imploraba a su hija, desde su cuarto: «*Scute*, Francisca, *scute*». *Scute*, en árabe, quiere decir «cállate».

La otra abuela de Jorge y Marta, en cambio, aparecía poco, aunque era un personaje conocido de la zona: María Cura de Zain, de oficio curandera. También de origen sirio —de los alrededores de Damasco—, era la sanadora de Villa Pobladora: una especie de chamana. Vecinos y

6. Un buen número de las trapisondas de Jorge Zain padre fueron relatadas por Jorge Asís en el libro *Don Abdel Zalim, el burlador de Domínico* (Corregidor, Buenos Aires, 1971).

lugareños formaban largas filas en la puerta de su casa para que María los curase de toda clase de dolencias, físicas y de otro tipo. Durante muchos años, Jorge Cayetano, ya padre y convertido en escritor, evocaría ante sus hijos esas imágenes con cariño y relataría, con la cadencia oral que lo hizo célebre, aquel atardecer en el que un policía se llevó detenida a la abuela María por ejercicio ilegal de la medicina. Unos días después, ya liberada —continuaba el Turco—, el oficial regresaría apesadumbrado a la casa de su abuela para pedirle disculpas. Y asistencia médica.⁷

María estaba casada con el abuelo Salvador, también sirio, dueño de un negocio de ramos generales en la fabril Villa Pobladora. Salvador era de pocas palabras, pero fue importante en la educación de Jorgito y Marta. Existencial, solía elucubrar un pensamiento que su nieto aludió algún tiempo después: «Para que el amor funcione, los contendientes deben ocupar con problemas y zozobra esto —señalando la cabeza—, con ternura esto —indicando el corazón— y con sed y pasión esto —apoyando su mano en el bajo vientre—».⁸

Jorge, el hijo de Salvador, en cambio, era un sujeto dado a la demagogia y a la oralidad pueril, alguien para quien la política, en principio como espectador, luego como sujeto activo, resultaría un terreno no solo atrayente, sino inevitable. Su personalidad en ese rubro fue una manifestación, o un reflejo, de su carácter: lo suficientemente humedecida de ansiedades y ambiciones como para plantearse ser un político profesional, o al menos poner un número en ese casillero, así como ponía otros en tantas otras quimeras. Había militado en el radicalismo y había sido un antiperonista furioso. Con nueve años, Jorge Cayetano había visto cómo su padre —en un barrio decididamente peronista— colgaba una bandera argentina el día del bombardeo a la Plaza de Mayo (16 de junio de 1955)

7. Testimonio de Victoria Zain, hija de Jorge Asís y bisnieta de María, la curandera. Esa condición de «hechicera» de la abuela María, sumada a cierta inclinación familiar por lo cabalístico, hizo que ambos nietos, Jorge Asís y Marta, desarrollaran una fuerte conexión con lo esotérico, las energías y los amuletos. En el caso de Marta, se convirtió en su modo de vida, especializándose en el tarot. Victoria Zain, en tanto, vive en una playa en el norte de Brasil y se dedica a la astrología, a la «astroterapia musical» y al turismo.

8. Salvador Zain es el protagonista del cuento «Abuelo Salvador», incluido en el libro de Jorge Asís *La manifestación* (CEAL, Buenos Aires, 1971). Se trata de uno de los cuentos más tristes de toda la obra literaria de Jorge Asís.

y salía a gritar, en camiseta y pantuflas, «¡Viva la libertad!», en el medio de la calle.⁹

La faena de Zain padre no resultó gratuita. En la zona se corrió la voz de la encendida celebración de ese «turco gorila» de la calle Puerto de Paños. Unos días más tarde, Yiya se despertó exaltada, de madrugada, por el repiqueteo de una sucesión de sonidos extraños, una serie de estampidas que llegó desde la calle y que retumbó en las paredes de la casa. Asustada, prendió el velador y sacudió el cuerpo inerme de su esposo, que roncaba hundido en un pozo de sueños. Zain padre tardó unos minutos en reaccionar. Cuando lo hizo, saltó de la cama y salió en calzoncillos a averiguar el origen del estrépito. Abrió la puerta y, bajo la noche invernal de Villa Domínico, comprobó cómo el frente de la casa había sido objeto de una andanada de bombas de alquitrán, líquido que si no era removido de inmediato dejaría manchada la pintura para siempre. Así ocurrió: la pared blanca quedó arruinada por años. Las noches subsiguientes, Zain padre durmió al lado de la ventana con un revólver en la mano. «Por si venían esos negros cabecitas», argumentaba.¹⁰

9. Ese día, un desfile aéreo de la Aeronáutica preparado para un acto fue utilizado para bombardear la Casa de Gobierno. El presidente Juan Domingo Perón fue trasladado al Ministerio de Guerra, sobre la calle Paseo Colón, desde donde, a las 12:40, escuchó el bombardeo. Buenos Aires se transformó en la primera capital de Sudamérica en ser atacada por sus propias Fuerzas Armadas. Sobre la Casa Rosada cayeron 29 bombas, otras lo hicieron sobre la Pirámide y una sobre un trolebús, atestado de usuarios. Miles de militantes se congregaron de inmediato en la Plaza para defender a Perón. Pero las bombas no cesaron. En la Plaza de Mayo y sus alrededores quedaron los cuerpos de 355 civiles muertos. Perón sería derrocado tres meses más tarde, en septiembre de 1955.

10. Testimonio de Jorge Asís para la revista *Playboy*, edición de julio de 2015. En la misma entrevista Asís explica que el contraste entre aquel barrio peronista y un padre “gorila” fue parte del paisaje pedagógico del que se nutrió. Con los años, Asís emularía la elipsis argumental o ideológica de su padre: de afiliado al PC a menemista, con, antes y después, distintas fases y consideraciones. El episodio de las bombas de alquitrán forma parte del cuento «La resistencia», incluido en el libro de Jorge Asís *La manifestación* (CEAL, Buenos Aires, 1971). Allí, dice de Zalim: «Pero sobre todo el odio se debía a los impecables avances de los cabecitas, que motivaban sus fervientes acusaciones de demagogia, sin hablar de las insólitas alcahueterías de las pardas sucias, ni del odio y la envidia que Perón le tenía a Dios, razón por la cual personalmente enviaba a sus arrastrados muertos de hambre para que incendiaran las iglesias. Don Abdel Zalim

Transformado el paisaje político nacional, prohibidos Perón, el peronismo y toda la iconografía peronista, la atmósfera social, sobre todo la suburbana, se transformó y se hizo más densa. El gobierno de facto del general Pedro Aramburu, quien había reemplazado a los integrantes de la Revolución Libertadora, colocó a un interventor militar en el partido de Avellaneda y nombró, luego como intendente, al Dr. Modesto Ferrer, de prosapia radical. Exiliado Perón, prohibida o perseguida la actividad sindical, una enorme masa de trabajadores vio desvanecida su representatividad gremial y política. Atento y «versátil», el pícaro Zain atisbó que en ese vacío, y en esa muchedumbre no representada, había una oportunidad.

Para sorpresa de los que lo conocían, Zain comenzó a lanzar críticas a la proscripción y menguó paulatinamente el octanaje de su antiperonismo. Ya no gritaba en nombre de la libertad ni avivaba los nombres de la junta militar o de Jorge Luis Borges, célebre enemigo del PJ. A comienzos de 1959, bajo el gobierno democrático del radical Arturo Frondizi,¹¹ con un grupo de amigos y vecinos lanzó una agrupación política de tintes nacionalistas que abogaba, entre otras difusas reivindicaciones, por el regreso de Perón al país. Le pusieron de nombre CAN, Cruzada de Acción Nacional. Buena parte del ideario de CAN se nutría de la incandescente energía hormonal de don Jorge Zain, habitada por dosis de imaginación delirante. Esclarecidos, Zain y sus secuaces «descubrieron» que para pacificar el país era insoslayable el regreso de Perón y urdieron un plan para repatriarlo. Como primer paso para llevar adelante esa estrategia decidieron que Zain viajase a Madrid¹² para convencer al expresidente.

sostenía que el tirano estaba en contra de la democracia, porque un demócrata que se precie no puede atreverse a bautizar con su nombre a una provincia, o a una calle, y mucho menos con el nombre de su mujer, Evita, la Perona, que, según mi padre, el tirano usó y corneó con chicas de quince años, que se le entregaban a cambio de una motoneta, e hizo morir porque “la agarraba de atrás mientras ella desde el balcón engañaba a los cabecitas”, poco antes de morir se llena de lujos y de propaganda».

11. Frondizi obtuvo la presidencia tras derrotar, como candidato de la Unión Cívica Radical Intransigente, a Ricardo Balbín, de la Unión Cívica Radical del Pueblo. Ante la proscripción de Perón, ambos candidatos sellaron un pacto electoral que fue determinante para el triunfo del dirigente radical, quien obtuvo algo más de cuatro millones de votos.

12. Desde enero de 1960 Perón vivió en una residencia en Puerta de Hierro, Madrid, lugar que abandonó recién en 1973 para regresar al país.

Hicieron una colecta para recaudar fondos, pero antes le enviaron una carta al general en la que le presentaban la agrupación y le precisaban sus objetivos. El proyecto incluía la candidatura del falso abogado a senador nacional. Pasados los días, la ausencia de respuesta desde España no atemperó los anhelos de CAN. Ajenos al concepto de desaliento o frustración, mandaron a imprimir cientos de afiches con el rostro de Zain como candidato, y empapelaron las paredes y las carteleras de Avellaneda y adyacencias. Por esos días, las ausencias de Zain en el hogar de Puerto de Palos eran cada vez más frecuentes. A veces duraban días. Subido una mañana a un colectivo de línea que circulaba por avenida Mitre, Fatiga se sorprendió de ver el rostro de don Zain estampado en unos afiches. Ahí estaba al fin su padre ausente. Sonreía, optimista. Proyectaba un porvenir que él, su hermana y su madre desconocían y, por tanto, al que no pertenecían. Fue el modo de enterarse de que su padre aspiraba a una banca en el Congreso. Llegadas las elecciones, CAN cosechó poco más de 1900 votos. El pseudoabogado lejos estuvo de alcanzar el escaño. De acuerdo con lo que años más tarde Asís recreó en su primera novela, *Don Abdel Zalim, el burlador de Domínico*, todos los integrantes del CAN votaron al menos tres veces. A comienzos de los años sesenta los controles electorales eran más laxos. Siempre según la novela, Zalim, el protagonista de la ficción, inconfundible y mimético *alter ego* de Zain padre, se enojó tanto con el resultado adverso que, ya de madrugada, gritó e insultó a Francia (Yiya) y a su suegra. Para su hijo adolescente, en cambio, guardó el apelativo más hiriente que se le podía endilgar a un varoncito de barrio por aquel entonces: le dijo «maricón».

En aquellos tiempos precámbricos y elementales, una de las formas con las que contaba un padre de familia para «asegurarse» de que su hijo se «hiciera macho» y, por ende, que no «saliera maricón», era acompañarlo a debutar sexualmente, o facilitarle la tarea. Un rito de iniciación patriarcal, una «cosa de hombres». Con el estilo expansivo que lo caracterizaba, Zain padre pergeñó meticulosamente el acto iniciático de Jorgito. Para entonces, el chico trabajaba en el estudio de «abogado» que Jorge había montado en una galería sobre la avenida Mitre, en Avellaneda Centro, oficina de la que, naturalmente, adeudaba más de un año de alquiler. Jorge hijo asistía a su padre con algunas tareas y mandados. La ayuda implicaba, también, cubrirle las espaldas —o las mentiras—

ante el requerimiento de clientes y deudores. El modesto espacio interno, compuesto por una antesala con un mostrador habitado por Zain chico, y una oficina privada con paredes de madera, donde se sentaba el «doctor», se convirtió en un laboratorio de formación existencial para el joven, el lugar en el que cursó un posgrado acelerado en evasivas, eufemismos y condición humana. Al observar a su padre, escucharlo hablar y mirarlo mientras perseguía a sus interlocutores, Jorgito comprendió las ilimitadas posibilidades del lenguaje y descubrió los rudimentos básicos de la extorsión oral y emocional. Fue un teatro de operaciones en donde puede hallarse el germen de ese estilo teatral característico del Asís adulto, filo que la venta callejera, oficio que desarrollaría durante más de una década desde comienzos de los años sesenta, iba a perfeccionar. En silencio, el chico era testigo de cómo, en menos de diez minutos de conversación, los clientes o los acreedores pasaban de la furia a la conformidad sin que mediara más que una promesa hueca que Zain esgrimía con falsa pero irresistible empatía. El famoso verso.

Zain padre había contratado a Julia, una secretaria de poco menos de treinta años de la zona sur que despertaba volátiles fantasías eróticas en su hijo, por entonces quinceañero. Julia, a los ojos de Jorgito, era hermosa, elegante, infinita. Con acné en la frente, sintiéndose abrumado por ella e incómodo, en parte, por las dificultades provocadas por un rostro y un cuerpo en desprolija expansión, Jorgito la observaba desde su silla en silencio, adorándola. Una mañana se presentó más temprano. Su padre no había llegado y Julia tampoco, pero estaba al caer. Aun cuando no lo sabía hacer, comenzó a escribir a máquina. Su objetivo era despertar la curiosidad de Julia. Cuando ella llegó, se sentó a su lado y él sintió un cortocircuito en la respiración. Julia le preguntó qué escribía y si quería que le enseñase a tipear. Jorgito apenas pudo articular respuesta. Julia tomó sus dedos, luego sus manos, hasta que encontró su boca. Decidida, le ordenó cerrar la puerta con llave mientras se sacaba la bombacha. Se levantó de la silla y lo sentó en su lugar. Luego se montó sobre él. Del diminuto inmueble de Avellaneda surgieron estupores y temblores. Durante los escasos minutos que duró la cópula, y justo cuando se precipitaba al clímax, Jorgito no paró de susurrarle que la amaba.

Como era de esperar por las condiciones, por la hora y por los involucrados, el episodio tuvo el atributo de la fugacidad, no así el del olvido,

al menos para Jorgito que, emocionado, cuando terminó aquella jornada pionera salió disparado al Oyuela, el club del barrio en el que se juntaba a jugar a las cartas o «hacer huevo» con sus amigos. Se sentía victorioso, seminal, eterno. Además de percibir por primera vez la piel desnuda de una mujer entre sus brazos y el calor de su sexo sobre el suyo, Zain chico también experimentó el impreciso y agridulce instante ulterior al amor, aquello que los franceses llaman *la petite mort*.

Su frustración, sin embargo, se materializó más tarde, cuando volvió a su casa y encontró a su padre con Marcial, su amigo y socio de siempre. Era una hora inusual para esa presencia. Sonreían cómplices y cuando lo vieron ingresar comenzaron a aplaudir. Jorgito rumió rápido: tal vez Julia no había caído rendida ante sus encantos. Tal vez la arrasadora aventura vivida tenía un responsable. Sus sospechas se disiparon del todo cuando el padre, palmeando el hombro de su hijo, le dijo a Marcial: «Me costó hacerlo debutar. Pero más vale tarde que nunca».¹³

No fueron esas las últimas, ni mucho menos las primeras, fechorías amorosas que tuvieron lugar en el modesto local de la avenida Mitre. Todas ellas, sin excepción, tuvieron como protagonista exclusivo a Zain padre, que solía mantener reuniones en su pequeña oficina con diferentes clientas —o esposas de clientes— durante el transcurso de la tarde. Respetuoso de los momentos de privacidad de su padre, Zain chico oficiaba de discreto guardián, sabiendo que la delicada y ardiente tarea que desarrollaba el seudoletrado no podía ser interrumpida, ni comentada. Si afinaba su escucha, le era posible percibir el sonido apagado y húmedo de los escarceos y quizás alguna que otra interjección pasional, pero Jorgito prefería leer el diario, distraerse o simplemente aburrirse. Pasado un tiempo prudencial —treinta o cuarenta minutos—, la *partenaire* abandonaba la oficina, mientras Zain padre, asomándose desde su cubículo, la despedía con un comentario que pretendía ser la continuación de un diálogo vivo: «Perfecto, señora González, quedamos así, nos vemos en quince días para volver a revisar el tema».

13. Este episodio está incluido en la novela *Don Abdel Zalim, el burlador de Domingo* (Corregidor, Buenos Aires, 1971), de Jorge Asís. En diálogo con los autores, el narrador reconoció la veracidad de los hechos, en especial lo concerniente a su debut sexual.

Antes de desaparecer para siempre, antes de perderse en los pasillos de los tiempos y convertirse en un recuerdo sombrío que seguiría proyectando su larga sombra sobre la familia, Jorge Zain hizo una contribución fundamental en la casa de Puerto de Palos, un aporte involuntario que cambiaría para siempre la vida de su hijo y funcionaría como plataforma de despegue de su trascendencia.

Por entonces, Jorge cursaba tercer año en la Escuela Canadá —desde hace ya varias décadas llamada Simón Bolívar— ubicada en aquel momento sobre Mitre, a metros del Viaducto de Sarandí. Ya había desarrollado cierto gusto o inclinación por los relatos orales —en su mayoría contados por sus abuelos—, pero la llegada a la casa de varias docenas de libros despertó su interés repentino por la lectura. En una de sus tantas aventuras mercantiles, esta vez como martillero público, Zain se había apropiado de una biblioteca, un activo infrecuente que él intentaría colocar, vender o canjear por un producto más atractivo, incluso más útil. Hasta entonces, la presencia de la literatura en la casa de Puerto de Palos era nula y la lectura se reducía al consumo esporádico de la prensa gráfica: los diarios *Clarín* o *La Razón*, la revista *El Gráfico* y alguna que otra publicación de historietas o de la farándula. Zain no tuvo éxito, o no puso tanto esmero, en la liquidación de ese bien no fungible, de manera que la abigarrada biblioteca se convirtió en parte del mobiliario de la familia. Destacaban, entre otros volúmenes, algunas viejas ediciones de bolsillo de la Colección Austral que había publicado la editorial Espasa Calpe durante las décadas del cuarenta y cincuenta en España y Argentina. Entre ellas, títulos de autores de épocas muy disímiles como Bertrand Russell, Miguel de Unamuno, Jenofonte, Platón, Enrique Larreta o Arturo Capdevila.

Esos libros nutrieron al Asís lector adolescente que, sin más estímulo que su pulsión por descubrir el mundo que se escondía en esas páginas, comenzó a consumirlos. Tenía lugar un hito fundacional, la revelación de un interés, la primera pista de una posible vocación, horizonte al que Asís, sin saberlo aún, se lanzaba no por legado o tradición, sino empujado por algunos resortes vitales que serían cruciales en su larga peripécia cultural: el azar, la intuición y la curiosidad. El primer libro de todos los que leyó fue *La conquista de la felicidad*, de Bertrand Russell. Como se encargaría de aclarar años más tarde, no hubo ningún

anhelo de tipo existencial en esa elección, sino que fue por un asunto mucho más mundano.¹⁴

Mientras tanto, la atmósfera social del país cambiaba. En marzo de 1962 un golpe de Estado acabó con el gobierno de Arturo Frondizi, que fue reemplazado por el titular del Senado, José María Guido, quien se quedaría un año en el poder hasta llamar a elecciones. Tras el alejamiento de su padre, Jorge se convirtió con solo dieciséis años en el único hombre de la casa de Puerto de Palos, donde vivían su abuela, su madre Yiya y su hermana Marta. Había crecido, medía casi 1,80 metros y se adivinaba en él un físico atlético, férreo, debajo de unos rasgos viriles, una cabellera abundante, cejas pobladas y una mirada penetrante que su sonrisa enfatizaba. El acné estaba en retirada, al igual que el trauma que causaba su presencia.

Su padre los había abandonado por completo, es decir, tampoco les pasaba dinero, de manera que la situación económica, por primera vez en mucho tiempo, se tornó apremiante. Lo que Yiya recaudaba como costurera no era suficiente. Una de las primeras decisiones radicales que tomó el nuevo hombre de la casa fue lanzarse a buscar trabajo. Aún no había terminado el secundario, pero su aspecto lo hacía ver más grande.

Fue así que se presentó a la requisitoria de un aviso que pedía empleados de oficina en una agencia de trabajo en la esquina de Mitre y Jaramillo (actualmente Beguiristain), Avellaneda. «No pierdo nada»,

14. En su *Canguros* (Legasa, Buenos Aires, 1983), Asís recrea y ficcionaliza aquel momento fundacional. «Una noche de invierno Rodolfo faltó a la cita rutinaria de jueves con la Pisacacas y se sorprendió solo ante la biblioteca, era problemático elegir para un pobre profano, optó finalmente por uno que no estaba muy roñoso y de tapas azules, que se titulaba *La conquista de la felicidad*, de un tal Bertrand Russell, y alguna década y media más adelante, cuando por accidente o por mero malentendido se había convertido en un escritor reconocido y detractado a mansalva se preguntaría por qué razón un muchacho inculto, trivial, dramáticamente vital, eligió entre tantos libros *La conquista de la felicidad*. ¿Acaso —se preguntó en voz alta durante cierto reportaje, ante un canguro que la jugaba de incisivo— porque lo que más le preocupaba era la posibilidad de ser feliz? Las pelotas, canguros. Excelente pregunta para los reportajes, pero el muchacho era demasiado trivial, de ninguna manera, el narrador omnisciente se juega y afirma que lo eligió porque era el menos roñoso y porque tenía tapas azules y desde ya su color preferido sería siempre el azul».

se dijo a sí mismo, y se calzó el único pantalón largo de tela que tenía, una camisa y hacia allí fue. Cuando llegó le indicaron que la reunión informativa con las especificaciones del trabajo se haría en otro lugar. En menos de cinco minutos, junto con un puñado de aspirantes como él, estaba montado en una camioneta IKA con destino a Lanús. Se bajaron en la avenida Santa Fe al 3800 y entraron a un bar. De inmediato, se dio cuenta de que el empleo no era en una oficina, sino que se trataba de un trabajo de vendedor. Tampoco le indicaron el producto, pero sí le dijeron que, si estaba de acuerdo, podía salir ya mismo con una vendedora, para que esta le mostrara los detalles y el procedimiento. Así lo hizo. El adolescente con pinta de joven ambicioso recorrió tres manzanas junto a la vendedora, pero ella —corpulenta, poco amable con él— no solo no vendió nada, sino que ni siquiera logró que una sola vecina de Lanús Este le abriera la puerta. Tampoco pudo enterarse de la naturaleza del producto que vendían, porque la mujer no se lo quiso decir. Apesadumbrado, decidido a no formar parte del proyecto —creía además que no tenía pasta de vendedor—, volvió con la mujer al bar, para despedirse. Pero cuando llegó, en la mesa de vendedores se topó con un sujeto de unos cuarenta años, con más cara de turco que él, que lo miraba fijo.

—¿Sos nuevo, no?

—Sí.

—Tenés cara de paisano...

—Vos también.

—¿De qué parte?

—Homs.

—Mirá vos... de ahí era mi padre.

—Zain, Jorge Zain —dijo, y le estrechó la mano.

—¿Qué tal? ¿Con quién saliste?

Asís señaló a la vendedora corpulenta.

—¿Sapo?

—Total. No la vio ni cuadrada.

—Ahora a la tarde salís conmigo, paisano, yo te voy a mostrar.

Era el turco Elías, pelo encrespado y oscuro, rostro intrigante, asimétrico, mirada taimada, o lasciva, siempre poderosa, extraordinario vendedor, el mejor de la zona, tal vez de la región, un personaje dramático, de

novela, fuente de inspiración para Jorge en la vida real y luego, muchos años después, para algunas de sus ficciones.¹⁵

A la tarde, efectivamente, salieron a recorrer juntos las calles de Lanús. El *shock* fue instantáneo: Jorge quedó impactado por la facilidad y la categoría con la que Elías hizo cuatro o cinco ventas en menos de dos horas, operaciones que abrochó casi sin esforzarse, desplegando un *speech* tan seductor como irresistible. A partir de aquella tarde, Asís se convirtió en vendedor callejero de fotos y marcos. De eso se trataba el trabajo: de preguntar en los domicilios, por lo general a amas de casa de barrios humildes, si les interesaba que aquellos retratos que tenían ya hechos de cualquiera de los integrantes de la familia —pero especialmente de los hijos— fuesen «mejorados», agrandados y colocados en un marco especial. A través de una técnica muy sencilla, se lograba embellecer la imagen, hacerla angelical, etérea. Pero además, si no contaban con un retrato que les resultase atractivo, los vendedores también llevaban una cámara con la que podían fotografiarlos. Asís haría eso para vivir durante más de una década, desde los dieciséis a los veintiséis años. Ese oficio le permitiría no solo tener cierta solvencia económica, porque de inmediato comprendió e incorporó sus rudimentos más llamativos, sino que le brindaría la posibilidad de atravesar un microcosmos de realidades y subjetividades, de recorrer y sumergirse en las estribaciones de la provincia —en especial, los barrios desangelados del sur y el oeste del Gran Buenos Aires, aunque también algunos del norte— y de tratar con todo tipo de personajes. Un verdadero manantial de vida, material orgánico con el que, algunos años más tarde, comenzaría a emplear en parte de su extensa y sostenida obra literaria.

Una de las primeras lecciones que obtuvo del turco Elías devino de solo observarlo. Se dio cuenta de que para ser un gran vendedor no era indispensable tener una presencia descollante o un tipo de elegancia es-

15. El turco Elías es uno de los personajes de *Canguros*, de Jorge Asís (Legasa, Buenos Aires, 1983). Allí lo describe como una especie de fuerza de la naturaleza, encantador, ludópata y autodestructivo. Elías tenía no menos de dos familias en simultáneo y una cantidad nunca precisada de hijos, pero se destacaba por sus breves y esporádicas desapariciones. En diálogo con los autores, Asís reconoció que toda esa descripción es mayormente cierta.

pecial, sino tener convicción, letra y desarrollar una mezcla lo suficientemente cautivante de demagogia y carisma como para captar de inmediato la atención del otro, un sentido de oportunidad que, en los barrios en los que circulaba, resultaba crucial.

¿Cuál es la enseñanza que recibo? La audacia, por un lado, heredada de mi viejo, y la venta domiciliaria, por otro, gracias a Elías. Yo era buen vendedor, y muy rápidamente empecé a hacer plata, sabía hacer plata. Y hacía tres o cuatro ventas por día, me hice mis mangos. El turco Elías me sacó a dar una vuelta y me enseñó todo, me enseñó a vender y me hice un buen vendedor. Porque la venta domiciliaria, en un momento en que se podía golpear puertas, para mí fue una enseñanza total. [JORGE ASÍS]¹⁶

Pero también recibió consejos precisos, una serie de ardidés, guiños y gestos que terminaron de moldearlo como «cazador de canguros». Publicado en 1983 por Legasa, una escena de *Canguros* (luego rebautizado *Cazadores de canguros*) describe, con detalles de ficción, el decálogo del «cazador» (vendedor) indicado por el turco Elías:

Buenos días, patrona, la voy a molestar un cachito si no se enoja (pausa). Todos me cuentan que usted tiene toda la plata del barrio...

Gracioso el cazador. Aunque ya estuviera adentro pedía un «rinconcito p'apoyar». La paraguaya accedía a desocupar una silla renga. Él argumentaba: «Ando haciendo una propaganda por el barrio, patrona, porque estamos por poner un local». Y con ademanes casi elegantes abría su maleta, ahí estaba en colores Palito Ortega, y un bebé lejano, rubio, acostado sobre un quillango y jugando con un osito rojo. «Estas pinturas están confeccionadas totalmente a mano, patrona, con pinceles eléctricos. Usted me da una foto y yo se la hago grande, en medio metro por treinta. No para ahora, sino que para más adelante, ¿de quién le gustaría tener una pintura de estas? ¿De usted con su marido, aunque él sea feo? (sonreír), ¿de sus hijos?

16. Testimonio de Jorge Asís a los autores.

¿De sus padres? Si tiene la fortuna de tenerlos vivos, y, si no, aquí tendría una gran oportunidad de rendir un homenaje a su memoria. Dígame sin compromisos, total hoy no vendo, ve, no traje los pinceles (sonreír), dígame, patrona, ¿de quién le gustaría? ».

Ese histrionismo, esa capacidad de hechizar al otro se volvió una propiedad casi adictiva para el atildado joven que, desde muy temprano, comenzó a experimentar la embriagante sensación de capturar, y manipular, emocionalmente a sus oyentes. En aquel tiempo fueron candorosas amas de casas, convertidas en clientas casi sin darse cuenta, pronto —y por mucho tiempo— serían jovencitas, y no tanto, rendidas ante sus encantos. Y con los años, todo tipo de personas, desde lectores a diplomáticos de carrera, escritoras y periodistas, televidentes o distinguidos empresarios.

Mientras tanto, el país seguía sumido en sus tribulaciones sociales y políticas. A la proscripción del peronismo se le había sumado la del expresidente Arturo Frondizi, lo que determinó que las elecciones generales de julio de 1963 las ganara el dirigente radical Arturo Illia,¹⁷ con apenas el 25% de los votos del padrón. Para entonces, Jorge, con dinero en el bolsillo, una cama caliente y un secundario que no tuvo problemas en terminar, ingresaba triunfalmente en los desafiantes territorios de la juventud. Lo hizo sin su padre, es cierto, pero configurando, con la urgencia del que lo anhela todo, una personalidad definida en la que tallaban su confianza —en creciente auge—, su buena presencia, una locuacidad que empezaba a enriquecerse gracias a las lecturas y, por sobre todas las cosas, la ardiente llama que haría crepitar su prolongada epopeya vital: su ambición, sus ganas de comerse el mundo.

En simultáneo, el vínculo con sus amigos del barrio pasó de fase: abandonaron definitivamente los largos e irrelevantes atardeceres entregados a la deriva de la charla adolescente y de la burla pava y procaz, para convertirse en protohombres deseantes, con igual vocación por la tontera y el *gaste* recíproco —combustible de toda narrativa juvenil—, pero ahora dominados por una necesidad de experiencias placenteras, entre ellas la

17. Oriundo de Pergamino, su gobierno se extendió desde 1963 hasta 1966, cuando, tras ser víctima de una apabullante campaña de desprestigio mediático, fue derrocado por un golpe militar que colocó en el poder al general Juan Carlos Onganía.

sexual y la monetaria. La pelota de fútbol y el metegol habían sido reemplazados por las barajas y las primeras apuestas. Se juntaban a diario en el Oyuela, sobre la calle Cordero, a jugar al tute, al mus, a veces al truco. Sostenido por los vecinos, el Club Social y Deportivo Juventud Oyuela contaba con una cancha de papi fútbol, un par de billares, una mesa que oficiaba de casino, un tablero de sapo, un bufete y algunas mesas. Era uno de los puntos de encuentro de la banda. También iban a comer fugazzeta a la pizzería La Mickey, sobre la calle Pierres, o a la ya legendaria Los Tres Ases, sobre Mitre, en diagonal al Simón Bolívar, su colegio.

Ávidos de relacionarse con chicas, comenzaron a acudir a los bailes de los otros clubes de la zona, como el Regatas, el Sarmiento, el Deportivo Domínico, el Cramer. Se calzaban sus sacos, sus camisas y esos zapatos lustrados que, invariablemente, terminaban embarrados. A Jorge lo cargaban porque los sacos le quedaban siempre cortos de manga. Le seguían diciendo Fatiga, pero había crecido, podía dejarse el bigote, peinarse con fijador y domar los rulos. Aparecieron el cigarrillo y las bebidas alcohólicas, el whisky y los licores de mala calidad, pocas veces tomados en exceso aunque en dosis adecuadas como para que, en la previa a la milonga, se encendiera la típica excitación que antecede al misterio, a la noche, a la posibilidad de la conquista. Llegaron, claro, los primeros chapes, los primeros besos, el viboreo por el escote del sexo. Jorge ya había debutado en esas lides, pero aquel apareo con la secretaria de su padre le había provocado sensaciones encontradas que no se detuvo a cavilar. Ahí estaba ahora, dispuesto a desplegar el mismo *chamuyo* que servía para cautivar amas de casa vacilantes durante la semana, pero dirigido ahora a chicas de barrio que, como él, bailaban con la música «moderna» del Club del Clan y la de otros artistas de una escena que no paraba de crecer.¹⁸

Cuando volvían del baile, riendo y cantando por las calles silenciosas de Lanús y Avellaneda, tenían una rutina: comentar, con la insolencia

18. Fundado en 1962, El Club del Clan fue un programa televisivo del que surgieron algunos de los artistas más populares de la década. Por entonces, la mayoría de los clubes de barrio contrataban al menos a uno de ellos por noche de fin de semana. Cantantes como Palito Ortega, Chico Novarro, Violeta Rivas, Claudia, Juan Ramón, Johny Tedesco, Sandro y los del Fuego, Maribel Marcel, Leto Fernán o Los Pick Ups solían ser los invitados habituales. Además de canciones de ese género nuevo, en las milongas también pasaban tango y temas melódicos.

que dotan el alcohol y la libido atendida, sus performances amorosas, observaciones que se detenían, más que en los *levantes* y las *rascadas*, sobre todo en las desventuras de cada uno. Por entonces, los modos de relacionamiento nocturno en las milongas dejaban un generoso espacio proclive al malentendido. La costumbre indicaba que la forma de invitar a bailar consistía en una suerte de meneo o de inclinación de cabeza del varón, luego de cruzar miradas —o lo que así él interpretaba— con la señorita pretendida, sentada muy probablemente en la otra punta del salón, junto a amigas y *chaperonas*. Ese diálogo mudo, que acontecía a la distancia y con demasiados elementos en el medio que poco ayudaban a la fluidez de la comunicación, podía generar algún que otro episodio confuso, digno, cuando la noche era ya olvido, de ser recordado con hilaridad y saña. Nunca faltaba el varón que cabeceaba toda la noche sin recibir una sola respuesta, o la chica que, confundida e ilusionada, se levantaba aceptando una propuesta que no era para ella, sino para otra ubicada a su lado o detrás suyo. El Turco descollaba por ambas: por su ya connotada capacidad para la conquista y por su acidez para las cargadas. La crueldad oral, por entonces y por mucho tiempo, era una forma, tal vez la única, de ser y estar en una pandilla masculina.

Antes de llegar a sus casas, ya con el sol asomándose por los techos de Sarandí, se detenían en un carrito apostado en la avenida Agüero, a dos cuadras del cementerio, para devorar un sándwich de ubre o un churrasco cocinado vuelta y vuelta a la parrilla. Eran varios los puestos de comida que había en esa cuadra, apostados allí por ser una zona de fábricas y curtiembres. Para la barra de amigos era un momento único, un instante de gloria efímera que los hacía sentir libres, quizá infinitos.

En esas escaramuzas nocturnas, entreverando entre sábanas y cuerpos de variada procedencia, fue que Jorge, al igual que casi todos los muchachos de la banda, se afectó de gonorrea. Como recuerda Tito, su amigo de entonces, «del dolor, el Turco se tenía que agarrar de las paredes para poder mear». Tito y Jorge, otro amigo íntimo, lo acompañaron al médico. El episodio sería ficcionalizado en la novela *Canguros*.¹⁹ Por entonces,

19. «Esthercita, la que producía más, se dejaba algunas veces en los ranchos hasta tocar y todo. Era una calentona inclaudicable que portaba un fuego que la instaba a dar y recibir con una intensidad apabullante, y durante cierta noche calurosa, colmada de mosquitos

también los amigos comenzaron a relacionarse con un nutrido grupo de chicas de Domínico. Una de ellas, de apellido Dopico, vivía a la vuelta de la casa de Tito y de los Zain y, una década y media más tarde, será la musa que inspirará al personaje femenino más importante de toda la literatura de Asís, Samantha, coprotagonista de la novela *Flores robadas en los jardines de Quilmes*.²⁰

Jorge Fuentes, el otro gran amigo de Zain chico, aparecería como personaje en varios de los cuentos del futuro escritor. Fuentes era el amigo en quien más se apoyaba el Turco para contarle, lacónicamente, algunos de sus desasosiegos amorosos. Con diecisiete años, el Turco tuvo su primer «metejón» con una chica «pituca» de Sarandí. La deseaba a la distancia desde hacía mucho, pero creía que era imposible conquistarla por la diferencia de estatus social. Para entonces, la mala fama de su padre era un estigma que circulaba por las casas acomodadas de la zona. Uno de los argumentos que esgrimió el Turco para convencerla de salir con él, luego de invitarla a bailar un tema de los Pick Ups en una milonga, fue que su padre ya no vivía más con ellos. El vínculo entre ellos inspirará, doce años después, un oscuro cuento de Asís, publicado en una antología.²¹

Para vender en la semana, el verso era el de siempre, pero la geografía había cambiado: Jorge se empezó a animar a «ranchar», a meterse en esas solapas barriales recién armadas, caseríos flamantes cuyos vecinos eran laburantes arribados hacía no mucho a la zona. Buenos Aires era una

y deseo, condecoró a Zalim con una llaga aborrecible que le apareció furtivamente a los ocho días y le desapareció a los treinta, pero gracias a los treinta millones de unidades de penicilina que le suministraron por el orto y que casi le impedían caminar, y gracias a pastillas terribles, antibióticos maravillosos y rigurosos análisis del tipo Waserman y Kahn. [...] Por supuesto que a Zalim le dio positivo el análisis, y por tal motivo Canaro Possiet lo felicitó fervorosamente, a Douksas le dio negativo y respiró aliviado, aunque compadecía a su socio que, humillado, avergonzado, dolorido, debería recibir un millón de unidades diarias de penicilina» (*Canguros*, Legasa, Buenos Aires, 1983).

20. Publicado por Legasa en agosto de 1980. El libro estuvo en la lista de *bestsellers* durante un año.

21. «Historia de la Corina Mujica y el grasa», incluido en los libros *La manifestación* (Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971) y *Así escriben los duros sobre el amor* (Ediciones Orion, Buenos Aires, 1975), que contiene cuentos de Abelardo Castillo, Haroldo Conti, Bernardo Kordon y Jorge Asís, naturalmente.

colmena en expansión, abierta a la migración de las provincias del norte o de los países limítrofes. Paraguayos, bolivianos, chaqueños, formoseños: todos ellos pasaron a ser clientes del discípulo del turco Elías que no paraba de crecer, que estaba por superar a su maestro. En *Canguros*, así describe Asís esa nueva cosmografía suburbana que su *alter ego*, Rodolfo Zalim, recorría cada día:

Eran decenas de barrios en formación los que se extendían al costado de caminitos improvisados que después se convertirían en prepotentes avenidas importantes como la Monteverde, la San Martín, la misma Paseo, calles trascendentales como la 14 de Berazategui o hasta la 24 de San Francisco Solano, la Donato Álvarez o la Amenedo [...] Otro Buenos Aires se gestaba y en Florida y Paraguay nadie se daba cuenta.

Los barrios más bajos y feos de Lanús Oeste, sitios estancados en el tiempo y en el espacio que conviven con la violencia y la nada, costados irrisorios e intransitables de Villa Caraza, Pompeyo, Diamante [...] a través de rincones dramáticos de Villa Corina, por los costados de Paseo, desde el Camino General Belgrano hasta Temperley, Solano o Calzada.

Por aquellos días Jorge conoció a un vendedor también aficionado a la literatura, de su misma edad y con similares ambiciones. Era rubio, pintón, de manera que de inmediato conformaron una dupla que tenía algo de cinematográfica. Se llamaba Nicolás, le decían Polaco —aunque no lo era— y, al igual que Jorge, no estaba habitado por el don de la discreción, la modestia y, mucho menos, la timidez. «Éramos Robert Redford y Omar Sharif», escribiría Asís.

La aparición del Polaco colaboró para que Jorge se consolidase en su trabajo de vendedor, en principio porque fue él quien, esta vez, ocupó un rol pedagógico en un comienzo de la relación entre ambos, pero también porque tuvo en él un sosias, alguien que vibraba en su misma sintonía.

Sin proponérselo, su nuevo amigo representó un aliciente para Zain porque vio en él y en su mujer, Mabel, la conformación de una pareja sólida, una dupla amorosa que abrigaba ciertas breves apetencias culturales

que a Jorge le despertaban inquietudes. Una escena ocurría a menudo: el Polaco se detenía en un teléfono público para hablar con Mabel y, cuando lo hacía, le pedía al Turco que le sostuviera los dos o tres libros que siempre llevaba encima. Al Turco le llamaban la atención dos cosas: que el Polaco hablara tantas veces por día con su pareja y también que siempre estuviera leyendo algo, o al menos que lo diera a entender con esos libros. Esa cercanía provocó que el interés de Jorge por la lectura, que se había esbozado tímidamente con la llegada de la biblioteca, se potenciara.

El Polaco tenía una personalidad desconcertante. Era un vendedor callejero clásico, es decir, un versero consumado, un poco canalla y lo suficientemente escurridizo como para caer en la hipérbole o en el infundio con tal de convencer o doblegar la voluntad o los argumentos de su interlocutor; un sujeto que podía utilizar esa misma falta de escrúpulos para menesteres irrelevantes y poco enaltecedores como una broma pesada, adolescente e injustificada. Solía tener salidas extemporáneas, fuera de registro, desmesuradas. Un mediodía, mientras almorzaban con Jorge y otro vendedor en una taberna de Avellaneda, atisbó que en una mesa cercana un comensal había pedido un panqueque flambeado, aquellos que son rociados con licor u otra bebida alcohólica de alta graduación para luego ser quemados. Cuando el mozo encendió el panqueque, el Polaco se abalanzó sobre la mesa al grito de «¡fuego, fuego!» y descargó el contenido de un sifón sobre el postre y la humanidad del cliente. Desde su mesa, Jorge no paraba de reírse.

En otra oportunidad, ambos estaban en un bar en el que paraban taxistas y camioneros. Entre el barullo, el Polaco escuchó a un hombre quejarse. Sin hablarle a nadie en particular, el cliente protestaba en voz alta porque a un conocido suyo, muy mayor, «unos pungas» no solo le habían robado todo, sino que le habían dado una paliza en el suelo. A cuento de nada, el Polaco decidió intervenir:

—Bueno, peor es que se lo hubieran cogido.

Las voces en el bar se apagaron. Confundido, el hombre se le acercó y lo inquirió: «¿Cómo dijo?». «Eso, que peor es que se lo hubieran cogido». «Usted es un maleducado». La tensión se apoderó del lugar. Sin perder la calma, y sin dejar de masticar su sándwich, el Polaco expandió la respuesta: «Mire, a mi abuelo se lo cogieron en una estación de trenes». El tipo lo miraba fijo, sin poder desentrañar la naturaleza

del diálogo, su veracidad, su lógica. Mientras esbozaba su argumentación, sin abandonar nunca la tranquilidad y el tono cartesiano, el Polaco volvió a mirar a su víctima y le explicó que las secuelas psíquicas de aquel abuso habían martirizado a su abuelo hasta el último día de su vida. Al lado suyo, Jorge se doblaba de risa: sabía que todo ese relato era un gran invento.²²

El oficio nómade, el estilo de vida «canguro», la dependencia cotidiana de la suerte y de la voluntad ajena, sumado a su abolengo étnico, con una histórica y hasta literaria inclinación hacia lo mágico y lo esotérico, determinó que Zain comenzara a depositar en las cábalas, los amuletos y el mundo inorgánico y enigmático de la superstición una buena dosis de su energía y de sus inquietudes. Fue así que comenzó a llevar siempre algo rojo en su ropa, ya fuera un pañuelo, un detalle en su corbata, alguna cinta. Desde sus tempranos veinte también desarrolló un marcado interés por los horóscopos, en especial el chino, interés que se acrecentó con el paso del tiempo y gracias al cual, valiéndose del determinismo de esa liturgia, conformó su mirada de búho para escudriñar y catalogar la personalidad de sus interlocutores. La atmósfera familiar le iba a la zaga: su hermana Marta desarrollaría una larga carrera como «consultora esotérica», con secreta y profunda penetración en la élite política porteña de fines del siglo XX.²³ Escribe Asís en *Canguros*:

Salía de su Casa Blanca generalmente de oscuro, llevaba un traje negro porque suponía que le daba suerte [...] solía llevar siempre

22. En *Canguros* (Legasa, Buenos Aires, 1983), Asís ficcionaliza el episodio: «—Oiga, ¿usted me está cargando? —De ninguna manera —imperturbable el polaco—. Tal vez sucede que tenemos apreciaciones distintas sobre el particular. Yo prefiero, en todo caso, que me peguen pero que no me cojan. A lo mejor usted, con todo su derecho, si le dan a elegir, prefiera que se lo cojan pero que no le peguen. Va en gustos, ¿vivo?

A esta altura, tanto los camioneros como Zalim, se tomaban de las paredes para no caerse desmayados de la risa».

23. En *La Argentina embrujada*, de Viviana Gorbato (Atlántida, Buenos Aires, 1996), Marta Zain aparece como una de las «brujas» más buscadas en el ambiente político. Escribe Gorbato: «La empresaria Marta Zain, hermana del escritor Jorge Asís, se define a sí misma como “vendedora de zapatillas”, pero todo Buenos Aires sabe que es una de las mejores mentalistas argentinas (asesora a Carlos Corach y a Munir Menem)».

encima algo virando al rojo, una corbata bordó por ejemplo, un suéter burdo y colorado, acaso un pañuelo. Caminaba cinco cuadras por Puerto de Palos, en la avenida Mitre se tomaba el Halcón, la letra S.

Para entonces, la noche pituca del sur se había mudado a Elsieland, el nuevo boliche de la avenida Calchaquí en Quilmes, que se convertiría en legendario rápidamente gracias a sus múltiples pistas para bailar diversos géneros de «música moderna». Ir allí implicaba mezclarse, entre volutas de humo y acordes de boleros y rocanrol, con otra clase de jóvenes —provenientes de las capas medias y medias altas de la zona—, situación que despertaba húmedas fantasías de movilidad social en el ambicioso vendedor de retratos.

A punto de cumplir veinte años, y ya bajo el gobierno militar del general Onganía, Jorgito estaba empezando a dejar de ser Fatiga para ser Jorge o el Turco. Conversador y expansivo, comenzaba a convertirse por sí mismo en un simpático personaje en esas cuadras de Domínico donde todos sabían todo de todos, donde los rumores se daban por ciertos. Ya no era el hijo de un chanta abandonico, sino un muchacho comprador con aires de ilustración e indisimulable aspiración de progreso. Esos anhelos por desprenderse rápidamente de cualquier forma de adocenamiento barrial se observaban no tanto en sus formas altaneras sino más bien en un vestuario que intentaba, con alguna dificultad, integrarse a la vanguardia de la indumentaria. Usaba saco y camisa a diario, otorgándose un aire distinguido, aun cuando su modestia, producto de su estrechez económica, era inocultable.²⁴ El saco, la gomina y un bronceado facial que se preocupaba en conservar semanalmente le daban un aspecto de *bon vivant* del Mediterráneo arábigo.

Esa fisonomía, la de un sujeto que procuraba la elegancia con denuedo pero que, merced a ese esfuerzo por maquillar su realidad, no hacía más que exhibir sus limitaciones, configurará una categoría de personaje, o más bien, un aspecto de una categoría de personaje que años más tarde

24. A comienzos de los años sesenta entre los jóvenes de Buenos Aires se pusieron de moda los mocasines blancos. La estrechez económica del Turco lo llevó a aguzar el ingenio: con ténpera pintó de blanco sus mocasines viejos marrones.

Asís abordaría en su obra, para retratarlo con compasión o crudeza, incluso para mofarse cínicamente de su candor.²⁵

Para entonces, el vendedor de retratos había dado un salto cualitativo en su estatus social: compró un ruidoso y entrañable Citröen 2CV verde aceituna, modelo 59. Aquel auto, de una masividad abrumadora entre el proletariado feliz de los años sesenta, le permitía a Zain moverse entre los caminos fangosos de los barrios bajos para llevar adelante la venta. Con el Citröen también comenzó a cruzar el puente Pueyrredón, frontera física y simbólica que separa Avellaneda y Villa Domínico de la tierra prometida: la Capital Federal, mítica urbe a la que Asís, más temprano que tarde, apuntaría entre sus conquistas e ilusiones. Por el momento, sus incursiones capitalinas se limitaban a acercarse hasta las playas de Punta Carrasco durante las tardes para retozar al sol. Creativo y donjuanesco, llevaba papel y lápiz: cuando la ocasión lo permitía, solía dibujar el rostro de alguna bella dama que tomaba sol cerca suyo, para luego acercárselo. No faltaba, además de su mirada seductora, alguna que otra palabra que invitaba al diálogo, es decir, a la posibilidad de un *affaire*. Era un Isidoro Cañones plebeyo y suburbano.²⁶

Cuando regresaba de esas incursiones solía darse una vuelta por Los dos hermanos, una pizzería ubicada enfrente de su casa. Roberto Lopreiato, el joven que atendía el mostrador, sabía que cuando Jorge ingresaba cantando —por lo general alguna pieza de Leonardo Favio—, era probable que su faena seductora hubiese sido positiva. «Pibe... ¿Me das una Coca Cola bien fríaaa...?», pedía el pretencioso vendedor matinal, y en sus vocales estiradas ya dejaba vislumbrar el histriónico decir con el que sorprendería a las audiencias años más tarde. Al quinceañero Roberto le llamaba la atención el andar cansino y despreocupado del

25. Son muchos los personajes en la obra de Asís que abrigan esperanzas de ascenso social y que, en sus intentos por emular un estatus, despiertan una especie de ternura compasiva en el narrador. Samantha, personaje capital en *Flores robadas*, es un ejemplo de ello.

26. Isidoro Cañones fue un personaje de historieta creado por Dante Quinterno a finales de la década del treinta. Arquetipo del «porteño piola», se caracterizaba por ser una especie de *bon vivant* con un estilo de vida hedonista, irresponsable y despreocupado. Primero apareció como personaje secundario de la tira *Patoruzú*, para luego tener su propia historieta.

Turco, a quien siempre veía con un libro bajo el brazo. Su impostado, absurdo dandismo. También su aspecto de hombre poco apegado a lo mundano, es decir, su notable desidia y escasa capacidad para —e interés por— el mundo práctico de la reparación y el mantenimiento doméstico o automotor, atributos que formaban parte del paquete básico en todo muchacho de barrio de aquel entonces. El hecho de que trabajara por la mañana y sin jefes —o sea, que estuviera por fuera del estereotipo laboral— conformaba una figura pintoresca que a Roberto lo cautivaba.²⁷ En poco tiempo se hicieron amigos, a pesar de los cinco años que le llevaba el Turco. Además, el mejor amigo de Roberto era Juan Carlos Morelli, cuyo hermano, para entonces, ya estaba de novio con Marta, la hermana mayor de los Zain. Poco tiempo después se casarían. Ambos, Robertito y Juan Carlos, le pidieron a Jorge que les enseñara a bailar rock, demanda a la que el Turco accedió gustoso. Los tres, también, solían ir juntos al cine. Ese Turco pedagógico convivía con el atorrante juvenil, el que en tiempos de carnaval, aún veinteañero, podía pasarse horas en la esquina de su casa con un balde de agua a sus pies para mojar a las chicas que pasaban caminando por allí. En esas épocas prediluvianas los hombres tenían permitido empapar a las mujeres —a cualquiera de ellas—, por más que estas no tuvieran intención de participar en ese «juego».

Tembloroso, falto de *glamour* pero «gauchito», el Citröen le permitirá a Zain comenzar a acariciar el gran proyecto que venía macerando y al que se entregaría con pasión en los próximos años de su vida: fraguar su fuga de la mediocridad sociocultural en la que estaba inmerso y zambullirse en la larga y fascinante marcha hacia el progreso. Ese deseo, al que solo se accedía cruzando el puente Pueyrredón e insertándose —infiltrándose— en cualquiera de los cientos de intersticios que ese monstruo llamado Capital Federal ofrecía, será el poderoso motor que moverá las correas de su voluntad, un vigor ancestral por cuyos filamentos circulaba una energía descabellada, más fuerte y silenciosa que el pintoresco cohecito francés con el que se arrastraba hacia su trepidante futuro.

27. En esa pizzería, el Turco solía ufanarse con lujo de detalles de sus conquistas amorosas. En diálogo con los autores, Lopreiato contó que esos relatos eran minuciosos, divertidos y contaban con una buena carga erótica. «Parecían cuentos».